



Juan Valera

La sacerdotisa de Irminsul

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

La sacerdotisa de Irminsul

Aunque Julio César, después de una obstinada y sangrienta lucha, logró sujetar a la dominación romana toda o la mayor parte de la Galia, los habitantes de este país sufrían con pesar el yugo que se les había impuesto, y a veces durante la noche se oían por las selvas y bosques resonar los cánticos de guerra, que sobresaltaban a los romanos y les hacían redoblar su vigilancia.

Galerio, prefecto de las Galias, hacia fines del reinado de Augusto, había recibido repetidos avisos hasta de la misma Roma, en los que se le prevenía viviese muy aperebido, pues tramaban los galos con todo silencio una conjuración que tenía por objeto sorprender el campo atrincherado del Ejército romano y acabar con éste. Era Galerio hombre severo, adusto, valiente soldado, muy afecto a la disciplina militar, y honrado y de buen corazón. Por tanto, aunque adoptó en su campo las medidas más eficaces para evitar toda sorpresa, no se atrevía a emprender nada contra un pueblo que aún se mostraba obediente, y de cuyo delito no tenía más pruebas que las vagas noticias que había recibido. Lleno, empero, de sobresalto y cuidado, velaba las más de las noches, y recorría sin cesar el campo y sus alrededores, atento a descubrir la menor señal que aclarase sus sospechas.

Una noche en que, cubierto con el traje, armas y manto de un soldado, vagaba por las cercanías del campamento, vio con admiración que salía de él un hombre y se adelantaba silenciosa y apresuradamente con dirección al inmediato bosque. Tenía Galerio dada la más rigurosa orden para que ningún guerrero romano saliese de los atrincheramientos después de anochecido, y conociendo todos los soldados su severidad, no se había dado ejemplo de que alguno la quebrantase. Esto aumentaba más su extrañeza, y resolvió averiguar cuál era el intento del atrevido y qué motivo le impelía a desobedecer los preceptos de su general. Observó con cuidado la dirección que llevaba, y dando un largo rodeo, se apostó escondido en un sitio por donde necesariamente había de pasar. La luna brillaba en todo su esplendor, y así pudo distinguir con facilidad el rostro del culpable, en quien reconoció con sorpresa a un joven decurión llamado Pompilio, reputado por soldado valeroso, y en quien tenía gran confianza. Este descubrimiento aumentó su inquietud, y resolvió seguirlo a toda costa y ver adónde se dirigía. La claridad de la luna hacía muy difícil este proyecto, poniéndose a cada instante en riesgo de ser descubierto; sin embargo, no desistió, y se internó en el bosque, pisando con la mayor precaución.

Así anduvieron los dos más de una hora y al cabo llegaron a lo más intrincado de la selva, en donde había uno de esos colosales y toscos monumentos drúidicos, cuyo objeto aún no han sabido explicar satisfactoriamente los más sabios anticuarios. Allí Pompilio recorrió con la vista el terreno; Galerio tuvo que arrojarse a tierra para ocultarse a sus miradas, y no viendo a nadie, se sentó en una roca, embozándose en el manto.

Pocos instantes habían pasado, cuando resonaron leves pisadas, acompañadas de una voz delicada, que con bajo, pausado y misterioso tono cantaba. Levantose Pompilio al oírla, y salió de la espesura una mujer joven y hermosa con el traje que usaban las nuevas profetisas druidas, cuyo colegio existía en la Isla de Francia. Al ver a Pompilio se arrojó en sus brazos con el mayor afán, y llegó a los oídos de Galerio, que aprovechó este momento para situarse donde pudiera ver sin ser visto, el ruido de los amorosos besos con que los dos se saludaban. Sentáronse los amantes en una roca, y aunque hablaban demasiado bajo para que el prefecto pudiese comprender su conversación, parecióle a éste que su descubrimiento estaba reducido a una intriga amorosa sin consecuencia, y pensó retirarse; mas fuele imposible hacerlo, porque aún no había dado un paso cuando, sobresaltados los amantes por el ruido que no pudo menos de hacer, se halló muy expuesto a ser visto, y tuvo por necesidad que permanecer, a su pesar, espectador de la amorosa conferencia.

Gran rato había pasado, y la impaciencia de Galerio no tenía ya límites, cuando un gran ruido de armas, o más bien como si golpeasen con espadas en una multitud de escudos, alborotó la selva. Levantose asustada la druida y exclamó, poniendo las manos en el pecho de su amante: «Vete, vete, o eres perdido», y desapareció.

Pompilio se puso también en camino apresuradamente, y el prefecto, no menos sobresaltado, trató igualmente de salir del bosque, contando, sin embargo, volver con gente armada y averiguar la causa del estruendo que había oído; pero embarazado con la turbación, perdió el camino, y al cabo de un cuarto de hora se halló completamente extraviado. En esto llegó a sus oídos un cántico guerrero entonado por muchas voces, y cuyas palabras contenían una multitud de imprecaciones contra los romanos. La luna se había ocultado entre dos nubes; las palabras del cántico proporcionaban a Galerio una prueba de la verdad de las noticias que había recibido, y deseando adquirir la certeza, se decidió a aprovecharse de la oscuridad y tentar la arriesgada empresa de acercarse al misterioso lugar donde quizá se celebraba una función de muerte. Hízolo así, en efecto, y a poco encontró varios bultos que caminaban en varias direcciones, como retirándose. No se detuvo por eso, y al cabo de algunos momentos descubrió una luz muy viva, y siguiéndola volvió a llegar a las cercanías del monumento de que ya se ha hecho mención, pero por distinto lado que anteriormente. Detúvose sin salir a un espacio despejado de árboles que allí había, y dirigiendo con atención sus curiosas miradas vio que al pie de una alta encina había un tosco altar de piedra, sobre el cual ardía una hoguera, y al que rodeaban varios druidas y la joven que había viste anteriormente. Ésta dirigía entonces la palabra a los sacerdotes, y en una especie de profecía prometía a los guerreros galos la victoria y la destrucción completa de los romanos, concluyendo con decirles que el dios, por su medio, señalaría el día de la venganza.

Galerio era valiente; los guerreros habían desaparecido, y sólo quedaban los sacerdotes y la profetisa; tomó una resolución desesperada, y presentándose a los conspiradores les apostrofó con resolución, dejándoles al pronto helados de terror.

Sin embargo, algo recobrado uno de los sacerdotes, dirigió a Galerio la palabra con tono altivo:

-Profano -le dijo-, ¿cómo te atreves a interrumpir los misterios de nuestro culto?

-No ignoro -respondió Galerio- cuáles son vuestros intentos, y sólo con una pronta sumisión podéis evitar el castigo que está próximo a caer sobre vuestras cabezas.

-Ese romano debe morir- dijo la profetisa.

-Si tu amante el decurión Pompilio te ha dicho que nadie sale de noche del campo romano, te ha engañado.

El efecto de un rayo no es más pronto que el que estas palabras causaron en la joven. Uno de los sacerdotes exclamó:

- ¡Impostor!

Pero la druida cayó de rodillas, gritando:

-¡Perdón! ¡Perdón!

-No lo habrá para ti si eres criminal- dijo el sacerdote.

Hubo unos instantes de silencio, que fueron interrumpidos por la llegada de una centuria romana, a cuya cabeza venía un tribuno, que, inquieto por la larga ausencia del general, había salido en su busca.

Galerio mandó que todos los presentes fuesen conducidos al campamento, en donde separadamente examinó a los sacerdotes y descubrió el pormenor de la conspiración, que logró desconcertar con su valor.

Los druidas pidieron a Galerio que les fuese entregada la criminal sacerdotisa para castigarla; pero el prefecto rehusó acceder a esta súplica y la envió a Roma con su amante Pompilio.

Ahora sólo resta añadir al lector que en este suceso estriba la acción de la tragedia titulada *N*

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).